

Lunes 25 de Agosto de 1919

NO SON HORAS...

Hace ya algunos años, eran los felices tiempos de las fiestas en grande en que la sociedad, de buen tono y honestas costumbres, daba aquellas tertulias succulentas, cuando no se usaba todavía el "buffet" ni se bailaba el fox-trott, ni el tango argentino "Regreso de París", sino la vieja cuadrilla, los acompasados lanceros y, como final obligado, la entusiasta zamacueca.

Los mozos no andaban de frac ni reinaba la etiqueta de hoy día; pero en cambio había la mesa, aquellas mesas a las dos de la mañana, en que desde lejos se sentía el divino tufillo de los pavos y los chanchitos asados y resplandecían sobre el blanco mantel, las mayonesas batidas en aceite "de veras", los huevos chimbos dorados con almendras de marfil y los castillos piramidales de ricas naranjas y uvas confitadas, con base de almendra para destemplan los dientes, y coronados por una figurita gentil que tenía en sus manos el tricolor nacional.

Un amigo nuestro, que en paz descansa, muchacho alegre y vividor, muy querido en sociedad y simpático para todo el mundo, supo que en casa de unas respetables y patriarcales señoras, se daba aquella noche una tertulia de día de santos, a la cual, por desgracia no había sido invitado. Pero atraído por la seducción del tufillo gastronómico y el aroma de posibles vinos generosos de aquellos que importaba Cerveró, no pudo resistir a la tentación y tomó el heroico partido de lanzarse "de guerra".

Y como era hombre culto, de finas maneras y amenísimo trato, es el caso que llegó a la fiesta, fué recibido como cualquier invitado, tuvo la diplomacia de atender con preferencia a las señoras, sabiendo que por el tronco se llega a las ramas, y no tardó en conquistarse todas las simpatías. Pero su corazón estaba en otra parte: la mesa ideal, la mesa con el castillo coronado por los colores nacionales, le atraía con fuerza irresistible.

Había ya cumplido con todos sus deberes cortesanos y se sentía con derecho a ocupar un asiento en el banquete.

Como era la costumbre en aquel tiempo, se habían sentado primeramente las señoras y los caballeros de respeto, pero quedaban todavía algunos de ellos sin encontrar colocación. A la segunda mesa no llegaban aún los jóvenes. Nuestro amigo, sin embargo, no tuvo fuerzas para resistir a la tentación; instalóse cómodamente en una silla del centro y atacó con toda energía una espléndida mayonesa, que rebosaba en dorado jugo; saboreó con delicia una pechuga de pavo, que regó discretamente con dos copas de jerez; lanzó al cielo una mirada de satisfacción y acertó a divisar el esbelto castillo de uvas y naranjas coronadas por el pavellón chileno. Tomó en la izquierda un plato, y empuñando con la diestra el afilado cuchillo se disponía a "desmochar" el monumento, cuando una de las señoras de la casa que había seguido todos sus ademanes, se acercó y, golpéndole discretamente en el hombro, le dijo de buenas a primeras:

-¿Dígame Ud. señor, ¿quién lo ha invitado a la casa?

Y nuestro amigo, sin inmutarse, en actitud magnífica y enarbolando todavía el cuchillo con la diestra, sacó tranquilamente su reloj del bolsillo, y como eran las tres de la mañana, respondió con gesto olímpico:

-Mire Ud. señora: !No son horas para hacer estas preguntas!

Y sin esperar la réplica "desmochó" noblemente el acaramelado castillo. Poco faltó para que la señora cayera desmayada.



¿Porqué esta anécdota nos trae a la memoria la situación de un joven candidato a la presidencia?

El, también, se coló sin muchas invitaciones al partido liberal; atendió a las personas respetables; a fuerza de elocuencia, se ganó el afecto del elemento joven; tomó parte en la danza y llegó a las más espectable situaciones. Nadie le hizo una observación; nadie le dijo una palabra.

De pronto a través de una puerta entreabierta, vió la mesa preparada, el asiento disponible, el castillo coronado por el tricolor chileno, y quiso, como era natural, ocupar el asiento a que creía tener derecho.

Pero, he aquí que los dueños de casa, que lo encontraban muy bueno para contribuir al esplendor de la fiesta, se sienten alarmados, al ver que sin respetar ninguna etiqueta quiere investir al castillo de honor, y adueñarse de la banderita.

El uno dice:- Yo me cruzaré en su camino!

El otro;- !No llegará a tener la tricolor!

Un tercero:- !Es un revoltoso! Y todos los rivales, gritando a voz en cuello que se ha colado de guerra, se acercan para preguntarle airadamente:

-¿Con qué derecho ha tomado Ud. asiento antes que nosotros?  
¿Quién le ha invitado a Ud?

El podría contestar con el magnífico tupé de nuestro amigo:

-!No son horas para hacer estas preguntas!

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

P.